

## CAPITULO VII.

*Prosiguense los abusos de los indios y sus indignas adoraciones.*

De cuantas naciones bárbaras componen el universo, solos los ateístas no conocieron deidad, por vivir sin dios en sus malignas costumbres; pero fuera de estos y los que siguen sus pasos, no ha habido nacion alguna en el universo, por bárbara que sea, que no haya reconocido á Dios por sus efectos maravillosos; porque como los cielos con sus astros luminosos están pregonando con voces de luz sus maravillosas obras, hacen venir en conocimiento de su poder y magestad á los mas rústicos: y el incipiente que nos pinta David, que dijo no haber Dios, es sin duda la mayor parte de esta engañada gentilidad, porque hay muchas naciones entre los bárbaros que absolutamente presumen que no hay Dios alguno, y todo lo tienen por acaso de la naturaleza.

Es tan verdad esto en muchas de estas naciones, que sucedió en una ocasion, que estando haciendo una sepultura en una capilla de una hacienda, sacaron unos huesos áridos, y un indio se llegó al sacristan y le dijo:—Ves como salen estos huesos del sepulcro, y que un tiempo fueron de hombre, y han quedado descarnados y secos, ¿pues cómo nos quieren persuadir los religiosos que en muriéndonos nos vamos al cielo ó al infierno, cuando tenemos esperiencia tan clara contra sus disparates? Lo cierto es, prosiguió el indio, que cuando morimos nos acabamos, perdemos la vida y nos convertimos en estos pobres huesos, que por último se consumen sin ir al cielo ni al infierno, y todo lo que nos dicen los padres acerca de esto es

una mentira con que presumen engañarnos; porque de la misma manera que el caballo y el venado dejan despues de muertos dispersos sus huesos por el campo sin ir al cielo ni al infierno, así nosotros.—Afeóle el sacristan de la hacienda, que le oia, tan bárbaros discursos, y aunque gastó muchas razones como católico para disuadirle de sus errores, jamas dió el bárbaro asenso á sus verdades, antes las tenia por mentiras, y como son de discursos rudos no se pueden convencer con razones sus ignorancias. Lamentacion que hizo Baruc, condolido, al parecer, de la ignorancia de estas miserables gentes: de forma que si la oscuridad que Juvenal aplica á los indios en sus sátiras, se ha de entender de sus tenebrosos entendimientos mas que de sus colores adustos y quemados, no dijo mal en posponerlos á los infames moros, porque su discurrir es mas rudo y su vivir mas sin razon.

Hay tambien algunas naciones que dan algun género de divinidad á los astros, como es á las estrellas, sol y luna, y presumiendo que de ellos les vienen la salud y todo bien; y quando enferman juzgan que los han lastimado las estrellas, y como ellos con sus flechas ejecutan todos los daños, tienen en su idioma por frase el decir que los astros los han flechado, como nos lo dicen cuando vamos á confesarlos, y por mas que uno los disuade nunca quedamos satisfechos de que salgan de su error. Otros, como tengo referido, adoran la fuentes y los rios, y muchos imaginan deidad en los mas silvestres troncos. Algunos veneran tambien animales, cuevas y montes, y algunas rudas figuras que de bastas piedras fabrican, de las que he visto algunas con muy mal formadas caras, á las cuales dan veneraciones, juzgando que de ellas reciben beneficios siendo obras mal formadas de sus manos, adorando lo que ellos mismos se fabrican, sin mas razon que su ceguedad é ignorancia, valiéndose de los retiros de los montes y sus profundas barrancas para ocultar de los celosos ministros tan abominables adoraciones. En confirmacion de lo referido aun entre los indios bautizados, pondré á la letra parte de un informe que de mandato del M. R. P. provincial de esta provincia hizo un ministro del convento de Huejuquilla, muy capaz é inteligente en todas las materias, y es del tenor siguiente:

“M. R. P. N. provincial. Poco menos de un año antes que V. P. M. R. se dignase de poner á mi cargo esta doctrina, hallándose el padre lector Fr. Miguel Diaz de guardian de este convento, tuvo noticia que en Temzompla, dos leguas distante de este pueblo, habia ciertas casillas pajizas en lo mas oculto de la Sierra, llenas de muchas adargas, flechas y jarros, y que nadie, al parecer, las habitaba; discurrió mi docto guardian prudentemente, que casas con tales señas no podian ser para otro fin que para ídolos, y así acompañado del gobernador y un teniente, que á la sazón habia puesto aquí el capitán Dosal, partió para el pueblo de Temzompla. No le salió vano su discurso, pues guiado del que habia dado la noticia, llegaron sin estorbo alguno á las dichas casas, y comenzando á registrar lo que habia dentro, hallaron ser sin duda algun domicilio del demonio: la casilla mayor tenia á la puerta una cestilla y sobre ella estaba de piés una figura del alto de un palmo, hecha de cera, que representaba un feísimo negro, con tal disposición las manos, que parece daba á entender era él que cuidaba la puerta, y defendia la entrada. En lo interior de esta misma casa á la testera estaba un asiento ó equipal, y en este estaba sentada una figura en esta forma: tenían un cadáver sin que le faltase hueso alguno, curiosamente envuelto en unas mantas de lana adornadas de plumas de colores varios, de tal forma reunidos unos con otros los huesos, que solo la carne y nervios faltaba, que unidos con unas cañuelas, los tenia amarrados. En las otras casas estaban las adargas, jarros y muchas cuentas de abalorios que usan comunmente estos indios poner á sus ídolos, como notó el padre Torquemada; todas estas inmundicias por las razones que el dicho padre esplica, y también porque cada cosa de estas es especial dios para ellos, estaban en las casillas. No tuvo la gentilidad antigua tanta multitud de dioses como se les han conocido á estos indios: todo cuanto miran es dios para ellos, y todo cuanto les causa admiración es su ídolo.

“Viendo, pues, mi guardian la execrable maldad de estos idólatras, encendido en un fervor cristiano, comenzó á derribar aquel diabólico edificio, y hacer pedazos aquel conventículo de idólatras: puso fuego á las casillas é hizo pedazos todos aquellos jarros, de tal suerte que no dejó cosa que no redujera á pol-

vo; con el cadáver y figura de cera hizo lo mismo, no dejando de aquellos huesos ni aun las cenizas en la tierra: á todo esto estaban los indios presentes, mas tan atónitos y mudos, que no se les oyó palabra alguna. Hasta aquí, nuestro ministro.”

Pero ¿qué habian de hacer los indios idólatras, sino callar enmudecidos? ¿Qué habian de hablar estas ranas de hígados doblados: *Jemmatum jecur*: propiedad de idólatras, dos hígados para producir mucha sangre y enviarla toda á los ojos para mirar con ojos de sangre la luz divina que tenemos? ¿Qué podian hablar, vuelvo á decir, si estaban á la luz de la verdad ellos y sus falsedades, y á la vista del sol sus mentidos dioses? Y es propiedad de las ranas callar al amanecer de la luz; y mucho peores que las ranas son estos idólatras, porque al registrar la luz no solo callan, sino huyen de ella, y así nunca en su ceguedad les amanece, quedando á oscuras y enfermos en su pertinacia.

En otra ocasión en este mismo pueblo, poco antes que llegara el Illmo. Sr. D. Juan Ruiz Colmenero, tuvo noticia el ministro de otras semejantes casas de idolatría, cuatro leguas distantes del convento en lo mas oculto de la Sierra. Dió noticias al devoto príncipe el ministro de lo que ocultaba la Sierra de casas de idolatría, y sin admitir el menor descanso á la fatiga del camino, montó, aunque enfermo, á caballo, y llegando á la parte señalada, halló las casas, y en la mayor colocadas sus estatuas sentadas en equipales y ante los piés de sus fabulosas deidades algunos dones: hizolos derrocar y abrasar el ilustrísimo príncipe, y aunque quitó de sus ojos aquellos infames objetos, no pudo arrancar de sus corazones la propensión natural que tienen á la idolatría, pues cada dia se les reconoce mas inclinación por los ídolos que se les descubren en nuevos adoratorios que ocultan en sus mas ocultos retiros, como se vió en los que me remitieron á mi intermedio, de que dejé hecha relación cuando traté de la fundación de Huejuquilla.

Casi de la misma forma tenían los nayaritos otro cadáver, que sacaron y llevaron á México cuando su conquista, y se quemó públicamente en auto general de indios, que hizo el Sr. Dr. D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, obispo dignísimo que fué de Yucatan, é hijo de la insigne ciudad de Zacatecas: y he-

oido decir á personas fidedignas, que por la boca de aquel cádáver daba el demonio respuestas á sus bárbaras preguntas, incitándolos á que siguieran sus costumbres para precipitarlos en los abismos; y así como los gentiles tenían su oráculo en Delfos, donde el demonio respondía á sus preguntas por la boca del oráculo, así lo tenían los nayaritas para seguir sus desaminadas respuestas, de que no solo se seguían hostilidades, sino obstinacion y dureza.

Intentaron en varias ocasiones nuestros religiosos reducirlos con su predicacion y ejemplo á la fé católica; pero obstinados no dieron oídos á sus evangélicas voces, dando por pretexto que su dios les aconsejaba lo contrario, y que aun no era llegado el tiempo. Los primeros que entraron al Nayarit á predicar el Evangelio en distintas ocasiones, desde el año de 1635, fueron nuestros religiosos de Guazamota, que con la cercanía cada dia continuaban su evangélica correría á aquellos bárbaros idólatras.

Por el año de 1709 entraron para el mismo fin por medio del Nayarit los reverendos padres lectores actuales de teología del convento de Guadalajara, que á la sazón lo era el ilustrísimo y reverendísimo señor, que ahora es obispo de Honduras, D. Fr. Antonio Lopez Guadalupe, el M. R. P. Fr. Pedro de Rivera, provincial que ha sido de Jalisco, y el R. P. Fr. Juan de Oliván, que hoy es lector jubilado: y habiendo caminado á pié muchas leguas y solicitado sacarlos de los bárbaros errores en que vivían, se dieron por desentendidos de sus persuasiones evangélicas, y los sacaron como desterrados de los contornos de sus tierras. Por el año de 1713 entró á la conversion de estos bárbaros el R. P. y apostólico varón Fr. Antonio Margil de Jesus, hijo del apostólico colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, á quien bárbaramente obstinados, resistieron la entrada en sus tierras, despreciándolo con bárbara osadía, hasta tirarle á la cara con una zorra. Pero movidos de la divina gracia el año de 1720, voluntariamente pidieron ministros evangélicos de la sagrada Compañía de Jesus, los que hoy dia perseveran con indecibles trabajos, entendiéndolo en la conversion de los bárbaros nayaritas.

Otras naciones hay que hoy están al cargo de nuestro cole-

gio de Guadalupe de Zacatecas, en las Tejas, que reverencian al fuego, dándole adoraciones como á verdadera deidad, para cuyo efecto tienen un sacerdote que de dia y de noche le esté atizando, pareciéndose en este detestable abuso á las vírgenes vestales que veneraban los romanos. De este inicuo sacerdote de los tejas me ha asegurado un religioso fidedigno, que fué misionero entre aquellas gentes bárbaras, que lo vió muchas veces comer las encendidas brasas, y tragárselas sin recibir lesion alguna, y que siempre hizo juicio que tenía pacto con el diablo para tener en sus errores radicados por este medio aquellos gentiles miserables, haciéndoles creer al mismo tiempo que en obsequio de su Dios se pasaba cuarenta dias sin comer ni beber cosa alguna, accion que, si como los indios lo dicen, la ejecutaba, no podia ser por humanas fuerzas, y solo podia tolerar ayuno tan prolongado por artificio del demonio.

Hállanse entre estas gentes otras especies de idolatría, porque como son las naciones muchas, cada una tiene deidades diversas: y se hallan otras tan bárbaras que son las mas que juzgan que no hay deidad alguna, como tengo referido, discurriendo solamente que comiendo y bebiendo con demasía, dan á su vientre adoraciones sin poner el conato en otra cosa. Tienen entre ellos grandísimas competencias sobre la mejoría de sus ritos y ceremonias; y así, los que adoran los astros, murmuran á los que veneran los rios, y estos hacen burla de los que dan adoraciones á los cádáveres inmundos, y los que no reconocen dios alguno, se rien de todos; y á la verdad que á unos y á otros debemos tener mucha lástima, pues caminan por tan erradas sendas á los infernales abismos, viviendo todos en perpétua ceguedad, y careciendo de la verdadera luz sus miserables é infelices almas.

